Crisis
y
Responsabilidad social empresarial

Michel Camdessus

XXIII Congreso Mundial UNIAPAC
Méjico - 1° de octubre de 2009

Queridos amigos,

Cuando han iniciado muchos de ustedes la reflexión preparatoria al convenio de hoy, probablemente habíamos entrado ya en esta crisis de la globalización financiera que vivimos hoy. Pero podemos imaginar que en aquellos momentos se percibían menos claramente que hoy el verdadero origen de la crisis, su real naturaleza, y lo que su superación requiere de todos, en especial de nosotros, hombres y mujeres que ejercen responsabilidades en el ámbito de nuestras economías nacionales y mundiales. Todos nosotros queremos desempeñar nuestra tarea, como cristianos, en un mundo que la globalización, hasta ahora, a estado unificando, muchas veces deshumanizándolo, cuando al contrario este proceso de unificación hubiera podido ser una ocasión, sin precedente, de progreso hacia un mundo más humano. Esto me sugiere que yo podría empezar por ofrecerles mis propias y muy modestas reflexiones sobre esta crisis, subrayar la pertinencia de la responsabilidad social empresarial en el mundo en el que entramos y, finalmente- siendo tan profundos los cambios a los cuales vamos a estar confrontados, preguntarme a donde esto nos lleva…

Inútil decirles que sacaré lo esencial de mi inspiración de este gran mensaje de esperanza y de confianza en el hombre que es la encíclica "Caritas in Veritate" que el Papa Benedicto nos acaba de ofrecer.

*
* *

I. <u>La crisis</u>

¡La crisis! ¿De qué crisis hablamos? Bien se la conoce aquí en Méjico, compartiendo muchos de los flagelos que afectan a la vez los países avanzados y los países más pobres, estos últimos, como siempre pagando el precio más alto por errores cuya responsabilidad no comparten en lo mas mínimo! Pero no nos equivoquemos sobre la verdadera naturaleza de esta crisis. Ella no es una crisis más entre las muchas que hemos conocido, particularmente aquí en Méjico y América Latina; no es un fenómeno cíclico del cual las economías salen más o menos como antes. No es una crisis más en la globalización, es crisis de la globalización.

Pero ¿Qué hay detrás de esta crisis? ¿Cómo pudo ocurrir en la "aldea global", en un mundo tan sofisticado, tan seguro de sí mismo, tal desarreglo, tal catástrofe? ¿Cómo pudo ser? Pues miren, no veo mejor manera de explicarlo que referirme a lo que ocurría en las aldeas de mis antepasados y supongo también de alguna manera en muchos otros pueblos del mundo, siglos atrás. Todo estaba bien organizado: había un Consejo de hombres respetados, mi tatarabuelo era miembro de él; ellos decidían las reglas de la vida colectiva. Había también un guardia, que hacía respetar estas reglas, y había un sacerdote y un maestro que promovían una

moral colectiva y los principios del convivir. Había paz en el pueblo. Pero si venía a ocurrir un acontecimiento de mayor importancia y el Consejo prefería ignorarlo o hacer de avestruz, si al mismo tiempo el policía, estaba hechando siesta porque había bebido demasiado vino o tequilla y no se daba cuenta, y si como era frecuente, el sacerdote y el maestro reñían, entonces los que se apoderaban del poder y, finalmente, definían las normas éticas del pueblo, eran los pícaros: como decíamos en mi pueblo "los que robaban las gallinas", y después de eso costaba mucho tiempo y esfuerzo restablecer orden, decencia y honestidad en el pueblo. Pues esto es lo que ha ocurrido en la aldea global. Ocurrió una fantástica revolución financiera a partir de los años 80, los mandamases -el G7 en particular- se negaron a regularla, negaron a las instituciones el poder de controlarla y por consiguiente, esta nueva esfera financiera se desarrolló sin compas ético alguno. Sus actores tuvieron que desempeñar su tarea en un universo sin reglas, y sin instituciones habilitadas a orientarlo hacia el bien común y corregir los abusos; estos desde luego se produjeron en gran escala las tres carencias básicas que a veces se producían en las aldeas de nuestros antepasados: reguladora, institucional y ética se reprodujeron con los efectos devastadores que conocemos en escala mundial. No tengo bastante tiempo para hablar de las dos primeras que le G20, con meritorios esfuerzos, trata de corregir imponiendo reglas indispensables donde no las había y reformando -¡era tiempo!- las IFIs. Pero detengámonos en la carencia ética, a mi parecer la más importante. Aquí es donde encontramos el origen primero de esta crisis: la avidez individual y colectiva, nuestra pretensión a una autonomía absoluta, en lo económico, a esta primacía que le damos al tener, al poseer sobre el ser. En un universo casi sin reglas, esto nos llevó a esa "exuberancia irracional" de la cual Alan Greenspan empezó a hablar en el año 1996. Esto nos llevó poco a poco a un formidable desajuste hecho tanto de errores técnicos como de faltas morales gravísimas. Son numerosas estas faltas en todos los momentos críticos de esta crisis.

El hecho que nuestro mundo se haya instalado de tal manera, en tal exuberancia e inmoralidad colectiva, el hecho que ninguna resistencia suficientemente fuerte de nuestras sociedades se haya organizado, el hecho que dirigentes responsables y honestos se hayan dejado adormecer en este desliz generalizado, todo esto sigue siendo para mí -que fui testigo muy cercano y a veces activo de estos eventos- un cuestionamiento al cual he tratado mil veces de encontrar respuesta. ¿Cómo fue esto posible? ¿Cómo? Solo encuentro una respuesta básica. Solo esto se puede explicar si tales comportamientos se reconocen como arraigados en un contexto cultural en el cual la seducción del dinero era tal que produjera ceguera colectiva y que desarmara toda vigilancia. Reconozcámoslo. Este era el contexto que prevalecía a pesar de muchas protestas, incluso nuestras, contra un mundo en el cual todo se hacía mercancía. Muchos expresaban su malestar, pero es cierto, desde los años sesenta, los países avanzados -a los cuales más y más se juntaban los países emergentes o en transición- han dejado instaurarse una cultura del "ganar más para consumir más" que se había

hecho razón de ser, sino exclusiva, al menos dominante. El hombre se había reducido, degradado a su función exclusivamente económica. El consumo se había hecho destino; el sentido se extinguía en nuestra vida. La codicia -GREED, dirían sus vecinos del Norte- de manera subrepticia se hacia políticamente correcta, se apoderaba de nuestra cultura colectiva. Todos, de alguna manera, hemos empezado a adorar al becerro de oro, nos hemos sometidos todos a esta cultura en la cual nuestros países se habían dejado sumergir. Como el pueblo judío después de la muerte de Josué, instalándose en países paganos, nos hemos dejado someter a esta cultura que poco a poco se nos imponía y hemos servido sino a Baal y Astarté (Jos. 2, 11-13), al menos a Mammón. Como nunca probablemente en su historia, el mundo está hoy confrontado a la palabra de Pablo a Timoteo: "… La raíz de todos los males es el amor al dinero".

Es difícil darnos cuenta y medir cuanto la cultura ambiente nos tiene agarrados. "Ella tiene garras" decía Kafka. Nos controla. Nos subyuga. Es así que se ha constituido este mantillo fértil para todos los abusos del mundo financiero hasta su desmoronamiento que vivimos el año pasado. Un modelo de avidez generalizada ha cavado el vacio ético en el cual la economía mundial se ha hundido.

Confiemos en que el G20 -con participación mejicana- haga bien su trabajo regulador e institucional pero, ante las ruinas dejadas por una cultura y un sistema económico que solo consideraban al hombre como productor, consumidor, o ahorrista, solo habrá salida sostenible de la crisis, si se logra generar una nueva cultura basada en la promoción del hombre integral. Esta es la tarea inmensa a la cual estamos todos llamados participar, y muy particularmente los empresarios, en primera línea, como promotores de una nueva cultura de empresa, elemento esencial de la nueva economía por construir.

Es aquí donde vosotros empresarios cristianos tenéis algo que decir, algo que hacer, en medio de las dudas de todos, en medio de la tormenta, algo que cambiar también en nuestras vidas.

*
* *

II. Pertinencia de los valores de la responsabilidad social empresarial

Esto que tenemos que decir, esto por lo cual debemos de ser identificados, esto que a todo momento nos lleva a cambiar algo en nuestras vidas, tiene un nombre que nos es familiar, es la responsabilidad social empresarial (RSE).

De inmediato quisiera de compartir una observación que no deja de asombrarme. Es el simple hecho que en casi los mismos años en que el dogmatismo neoliberal eliminaba las preocupaciones éticas del manejo de las

economías, surgían en la cultura mundial, más silenciosamente pero no sin dejar huellas profundas, dos otros conceptos: el del desarrollo sostenible, y el de la responsabilidad social de la empresa. Este desgraciadamente no se ha hecho aun mucho de moda, a pesar de ejemplos muy inspiradores de muchas de sus empresas. Es esencial difundirlo como la hace su documento "La rentabilidad de los valores" que lo sintetiza de excelente manera poniendo también en relieve lo que nuestra visión cristiana le debe de añadir. Lo que nos distingue radicalmente a nosotros cristianos de muchos otros promotores de la responsabilidad social empresarial es que no nos podemos contentar de la triple "*bottom line*", o las tres "P" de la RSE: *planet, profit, people*, sino que la asentamos sobre una cuarta y mayúscula "P", la de **Persona**. Esta preocupación central nuestra de la persona es la que aporta una nueva perspectiva a los valores compartidos de la RSE sin limitarlos en ninguna manera, pero valorizándolos de manera decisiva. Adoptemos pues la RSE de las cuatro "P": *person, planet, profit and people…*

Esta es claramente la dimensión sobre la cual insiste el Santo Padre en los párrafos 40 y 45 a 47 de su encíclica, "en los que reflexiona sobre los cambios profundos que se requieren hoy en el modo de entender la empresa". Ustedes habrán todos meditado estos párrafos, solo les recordaré dos o tres frases que más llamaron Mi atención.

Mencionare primero, con particular beneplácito, la manera en que el Papa subraya que (§ 45) "las exigencias morales más profundas de la persona [tienen]… importantes efectos beneficiosos en el plano económico. En efecto, la economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona". Cierro las comillas. Esto está crisis lo ilustra de manera obvia. Somos testigos del fracaso de una economía que pretendía librarse de todo ética y veía en las ganancias lo más inmediatas posible el único objetivo de la actividad económica; esta experiencia tan catastrófica para el mundo confirma para nosotros la lucidez de las palabras del Santo Padre y viene reforzar la convicción básica en la cual radica nuestro concepto de la rentabilidad de los valores: una empresa y una economía inspiradas y motivadas para servir al hombre como un fin en si mismo son -incluso desde la perspectiva económica, más eficientes en una perspectiva de mediano o largo plazo al generar valor agregado que las que están solamente guiadas por los intereses financieros de unos pocos.

El Santo Padre, en términos nuevos dentro de la doctrina social cristiana, subraya otra realidad, las dos condiciones fuera de las cuales la economía de mercado no puede producir los frutos esperados.

1. "Sin formas internas de solidaridad y de confianza reciproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica. Hoy precisamente,

esta confianza ha fallado, y está pérdida de confianza es algo realmente grave" (§ 35).

2. "En Las relaciones mercantiles, el principio de gratuidad y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben tener espacio en la actividad económica ordinaria. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempos" (§ 36).

Palabras están de gran alcance y que por cierto chocaran a muchos de los que pretenden limitarse -casi religiosamente-, en la vida económica, a la sola "santidad de los contratos". Las palabras del Santo Padre nos invitan a reflexiones nuevas no solo sobre todas las virtudes que implica la RSE días tras día de parte de los empresarios sino también sobre lo que la nueva economía -la economía del sobrevivir a esta crisis- va a requerir para que se establezca un nuevo modelo económico más respetuoso de la persona.

Todos lo sabemos: tendremos que dar mucho más vigencia a los principios tan tradicionales de la doctrina social como son el respeto a la dignidad de la persona y el fomento de su desarrollo integral, a la solidaridad, a la subsidiaridad, al bien común, al destino universal de los bienes, a la participación. Estos principios son los que orientan las líneas de acción estratégica de la UNIAPAC y sirven de base a esta herramienta suya la "matriz de la RSE". Admiro realmente el esfuerzo que esto presupone y su entusiasmo al adoptar tales objetivos porque todos sabemos que en el ambiente utilitarista en el que vivimos, un objetivo de crecimiento a cualquier precio se impone, y son muchos los que no aceptan que se le oponga normas éticas. La RSE no es automáticamente un *win-win game*. Serán muchas las tensiones y contradicciones que habrá que enfrentar al menos a corto plazo. Muy generalmente, habrá que enfrentar a la competencia de empresas que se niegan a tales compromisos y que a veces, podrán presumir de resultados inmediatos más brillantes.

¿A dónde, pues, nos lleva esto?

*

* *

III. <u>¿A dónde esto nos lleva?</u>

Abramos los ojos, amigos, y contemplemos al mundo, al que estamos enviados, un mundo nuevo, un mundo que debemos transformar, trabajando con nuestras manos, contribuyendo a las maravillas de Dios, pero un mundo que heredamos profundamente estropeado por la crisis:

- un mundo en el cual 90 millones de personas se acaban de añadir a los mil millones que padecían pobreza absoluta;

- un mundo en el cual alrededor de 18.000 mil niños mueren cada día en un nuevo y silencioso holocausto, como nos lo recordaba en Auschwitz, a principios de este mes el Rabino Israel Meir Lav que fue Gran Rabino de Israel;
- un mundo en el cual -según nos decía la OIT en 2005- hay más de 550 millones de trabajadores viviendo con menos de un dólar al día, es decir ¡20 % de la población activa del mundo! Y esto sin hablar de todos los que acaban de perder su trabajo debido a la crisis, entre ellos unos 22 millones de mujeres según la misma OIT;
- un mundo del cual nos dicen investigadores de la Universidad de Vancouver trabajando sobre "*our ecological footprint*"[1], que si todos sus habitantes alcanzaran el modelo de consuma de mi Europa occidental querida, serían necesario no solo una tierra para sustentarlos, sino tres! Un mundo pues que tiene urgentemente que adoptar un nuevo modelo de consumo, al menos en sus países y clases sociales favorecida;
- un mundo que tiene también que adoptar urgentemente programas ambiciosos de ayuda a los países tropicales y subtropicales para su adaptación al cambio climático sin lo cual, a partir del año 2020, entre 70 y 200 millones d emigrantes -emigrantes climáticos estos- vendrían a añadirse a todos los que hoy cruzan mares y fronteras para que ellos y sus familias puedan simplemente vivir!

Un mundo, sí, nuevo y difícil, donde el acudir de nuevo al "*business as usual*" seria total y criminal inconciencia. Sabemos que será un mundo en el cual muchas cosas habrán cambiado, un mundo, al menos por algunos años, de competencia dura, de crédito escaso, de gobiernos empobrecidos. Un mundo de crecimiento flojo, de desempleo alto, un mundo de sobrevivientes recelosos, prudentes, mucho más concientes de toda clase de riesgos, un mundo, desde luego, donde la tarea del empresario conllevara aun más exigencias… y donde nunca tanto como hoy la responsabilidad social empresarial habrá sino tan esencial y el trabajo de UNIAPAC tan necesario.

Este es, amigos, el mundo al cual estamos enviados, un mundo al que estados llamados, y el Santo Padre insiste en el hecho que la vida económica es vocación enviados, pero sabiendo, porque la historia nos lo ensena, que toda crisis es también ocasión de mejorar sino el mundo, al menos algo en el mundo. ¡Este es nuestro mundo! ¡Esta es nuestra tarea! A ella iremos con una conciencia más fuerte de la rentabilidad de los valores, pero sabiendo con realismo cristiano que esto será un combate que solo se puede vencer con las armas del amor, y no solo con las del poder y de la inteligencia. Este mundo no será para nosotros un "*bed of roses*" sino ese mismo mundo de las bienaventuranzas al cual Cristo nos invita, un camino en el cual nos precede como en Galilea para que lo que se moría resucite. Un mundo

---

[1] Wacker Nagel et W. Rees : "Our Ecological Footprint » (1995)

donde nuestras tareas no se podrán llevar a cabo sin ese mismo amor que le llevó a Cristo a una Cruz. Esa cruz que venció definitivamente al mal.

Ustedes, amigos, conocen mucho mejor que yo los aspectos diarios y concretos de esas tareas algunas difíciles, otras ¡estupendas! Tarea difícil de los que ejercen la responsabilidad de mantener el equilibrio en la satisfacción de las expectativas de los ocho grupos de intereses involucrados en sus empresas. ¿No le tocara a veces a ellos sacrificar intereses propios muy respetables para llegar al consenso general necesario a su empresa? No dudo que a la hora de tales sacrificios recordaran las palabras de su Señor: "El servidor no es más que su maestro…".

Tareas difíciles, decisiones que tomar en un ambiente donde será aun más difícil negarse a ciertas facilidades, no aceptar ciertos comprometimientos cuando -como algunos se lo sugerirán- los otros lo hacen y no hay más remedio…". Tarea a veces de resistir a los pedidos de empleados o accionistas exigiendo remuneraciones incompatibles con los equilibrios de la empresa, tarea sobre todo de hacer respetar siempre la regla de oro de la RSE según la cual "el primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad" (Civ § 35). Cuando hay tantas ocasiones en que el más débil queda pisoteado… Tareas todas estas en que estarán, en fin, más y más expuestos a no ser entendidos a tener que aguantar toda clase de críticas injustas. En esas ocurrencias también, recordaran las palabras de su Señor: "Bienaventurados seréis…"

Pero, tareas también fascinantes de construcción o reconstrucción, tareas de inteligencia de este mundo para adaptarnos mejor a un nuevo entorno que tenemos que hacer mas conforme a un modelo de sostenibilidad, tareas multiformes para mejorar sus empresas, tareas de introducción en los mercados de productos o métodos que mejoren la vida o el trabajo de muchos, tarea de iniciar a otros empresarios a todas estas riquezas profesionales y espirituales que encuentran en sus equipos de la UNIAPAC, tareas que directamente o indirectamente contribuyen a aliviar todos esos flagelos de nuestros tiempos que os recordaba hace unos minutos, tareas que de manera u otra, preparen, sí, un mundo mejor. ¿Cómo no mencionar entre las iniciativas más prometedoras a más largo plazo - posiblemente la más importante entre ellas, la contribución suya, en sus países, o más importante aun en países menos favorecidos como lo hace la UNIAPAC, a la formación de los futuros dirigentes? Pienso en particular a los estudiantes en escuelas de *management* o de ingeniería. Se les debe de iniciar al enfoque deontológico por estudios de casos concretos dentro de las varias asignaturas de su currículo: *marketing*, finanzas, *human resources*, etc. Aun más, se les debe de aprender a considerar la realidad de la vida de la empresa no solo desde el punto de vista del *management*, sino también desde el de todos los otros *stakeholders*. Al consagrarse ellos también mañana a tal esfuerzo, contribuirán a crear un capitalismo profundamente renovado y serán parte ellos también de una generación de hombres al servicio de una economía más humana.

Si, amigos, este es el mundo en el que entramos. Este es el mundo al cual estamos llamados a servir, ¡es el mundo que debemos amar y salvar! Este es el mundo en el que hemos de ser "sal en la tierra". A este mundo podemos hacer descubrir el sabor divino de una existencia realmente humana. ¿Y quién lo hará, sí, donde estamos, no lo hacemos nosotros? Se lo debemos al mundo. Imposible tarea, por cierto, si no fuera por el don que Dios nos hace al llamarnos, como amigos, a trabajar con el, mano en la mano, a contribuir como empresarios responsables a desempeñar nuestro papel, echando las bases, en un gran esfuerzo colectivo, de una economía más digna del hombre, "una economía según las palabras del Cardenal McCarrick, arzobispo Emérito de Washington, de fraternidad en la que las empresas sirvan no solamente sus accionistas e inversores pero igualmente a los otros grupos de interés, una economía que promueva a los mas pobres, los débiles y los extranjeros, una economía que logre reunir a todos nosotros en la única familia de Dios".

*

* *

Pues, se dan bien cuenta, amigos, hemos llegado a una encrucijada, y es hora de escoger. Tres caminos se nos ofrecen.

- Echar por atrás y regresar a un pasado que podemos añorar: pero bien hemos entendido que el "*business as usual*" de ayer es pura ilusión sino ceguera.
- Limitar nuestras ambiciones como si las dificultades nuevas hiciesen de la RSE un lujo para tiempos de prosperidad. Pero ¿no sería esto comportarnos como ese servidor temeroso que prefirió enterrar a su denario y que el Rey hachó a las tinieblas?

Pues, ¿que nos queda? Un tercer camino: un camino de conversión para enfrentar los desafíos nuevos de estos tiempos, llevar al mundo esta "ética amiga de la persona", en plena conciencia de lo poco que valemos, pero confiando en El que nos llama a construir su Reino precisamente en este mundo de hoy. Para esto, lo sabemos, su gracia sobreabunda, incluso la de suscitar, en los rangos de la UNIAPAC, cristianos comprometidos, actores de solidaridad, testigos de esperanza y, no temamos decirlo, los santos que este mundo tanto necesita. Acojamos pues, sin miedo, sus llamadas a nosotros todos, su llamada a ser santos en esa alegría que nadie nos podrá robar. Muchas gracias.

-*-*-